Sacristán y Organista dos excudos de a quince rs., y a la fábrica la cera necesaria para dichas misas que se reputa tres excudos».

«Las treintenas se sacan por doscientos veinte y cuatro reales, y de ellos se da al Sacristán y organista ocho reales y celebra el Cavildo veinte y ocho misas rezadas y dos cantadas con nocturno, y además a la fábrica doce reales, son doscientos treinta y seis reales».

Apariciones

Existen creencias referentes a apariciones de difuntos. Dícese que éstos se presentan casi siempre de noche, vestidos con la misma ropa con que fueron amortajados. El motivo ordinario de tales apariciones suele ser el ordenar a sus deudos o amigos que se dé cumplimiento a algún voto que no satisficieron en vida. A las apariciones preceden a veces ruidos extraños y voces extraordinarias.

José Miguel de Barandiarán.

Ziortza, 9 de junio de 1923.

EN MEÑAKA (Bizkaya)

Agonía

Su nombre: *Agomiñe.*

La agonía se anuncia por el toque de campana.

Cree el pueblo que, cuando una persona está agonizando, suele hallarse en un rincón junto a su cama *(oyaren bastaŕean)* un ser misterioso en forma de bulto negro como queriendo tragar el alma del moribundo, y que el cura que suele asistir en aquel trance, lucha con él por medio de oraciones y jaculatorias.

Cuando la agonía dura mucho y se nota que el enfermo sufre dolores atroces, sus deudos, vecinos o amigos recogen de limosna en tres pueblos contiguos cantidad bastante para un estipendio de misa, a fin de conseguir de la Virgen, como dicen, o que el paciente mejore o que muera cuanto antes. Esta misa recibe el nombre de *mesa enko-*

mendadue. Yo mismo recuerdo un caso en que se practicó esto en favor de un niño que sufría mucho a consecuencia de unas quemaduras.

Muerte

Su nombre: *eriotza.*

La maldición es uno de los medios de que se valen los hombres para acarrear la muerte a sus semejantes. La maldición, una vez lanzada, anda en el aire. Si alguien la ha aplicado a una persona suponiendo que ésta es culpable, llega a alcanzarla dondequiera que se halle, si en efecto existe en ella la supuesta culpa.

SEÑALES QUE ANUNCIAN LA MUERTE.—Cuando las arcas producen chasquidos *krisk-krak*, o cuando los producen las puertas dando la sensación de que alguien ha llamado, se toma como señal de que pronto ha de morir alguno de la familia que allí habita, o de que algún difunto se halla en necesidad de misa.

* * *

El anciano don José Antonio de Lopategi, natural de Mungía, actualmente vecino de Meñaka, que me proporcionó la mayor parte de estos datos, me refirió dos casos, de que él mismo fué testigo.

En cierta ocasión, cuando vivía en Mungía, cuidaba a un enfermo en una casa próxima a la suya. Una noche oyó tres golpes en la puerta, fué a ver quién llamaba, y no vió a ninguno. Entonces dijo a su madre: creo que Mariano (así se llamaba el enfermo) habrá muerto. Volvió a la habitación del enfermo, y éste yacía muerto.

Este mismo año, dice, se hospedaba en mi horno de hacer pan (casi todas las familias poseen uno en las proximidades de su casa) un mendigo enfermo. Una noche la tranca de la puerta de mi casa produjo grandes ruidos *krak*, y el enfermo murió a los pocos días.

* * *

Cuando un perro da aullidos tristes y prolongados, anuncia que está cercana a la muerte alguna persona de la vecindad.

Si un gallo canta al anochecer o a horas avanzadas de la tarde, es señal de que pronto va a morir alguno en el barrio o que luego ocurrirá algún suceso de importancia, próspero o adverso. Esta creencia

se halla muy extendida en el pueblo. Más de una vez he oido éstas palabras: «al anochecer ha cantado el gallo de *Fulano;* no sé lo que va a ser de Felipe, el hijo del vecino que está en Melilla».

Después de la muerte

Para que el alma, una vez ocurrida la muerte, vaya libremente a su destino, se suele abrir la ventana de la habitación del moribundo.

Si después de la muerte queda ennegrecido el cadáver, suelen decir que su alma no ha ido a buen sitio.

Si el cadáver está blando y flexible es señal de que pronto morirá algún otro del barrio.

El mismo don José Antonio me refirió un caso ocurrido a él. Al amortajar a un cadáver en una casa de Meñaka, notó que aquél tenía sus miembros blandos y flexibles. Entonces dijo a los circunstantes que pronto moriría algún otro. Efectivamente, una mujer vecina que se hallaba enferma, aunque al parecer no de gravedad, murió el mismo día.

Dícese también que si el muerto tiene la boca y los ojos abiertos, suele acarrear la muerte a alguna otra persona, «lleva a alguno en pos de sí».

* * *

A la muerte de una persona, colocan sobre una de las colmenas que posee su familia un trapo negro en señal de luto. Conocí un caso en que, al morir un anciano, sus familiares no tuvieron cuidado de enlutar una colmena que tenían. Notaron, según oí, que el enjambre se iba extinguiendo. Entonces se acordaron de que, a la muerte del anciano, no enlutaron la colmena, y al punto colocaron sobre ésta un paño negro.

* * *

Es costumbre lavar el cadáver con agua natural.

Después lo amortajan. Esta operación recibe el nombre de *ilekjastea* (=vestir los muertos). La mortaja suele ser generalmente algún hábito religioso, por ejemplo, el de San Francisco para hombres.

Velatorio

Su nombre: *gau-belia* (=vela de noche).

Acuden a velar al muerto los parientes y los vecinos. Según van llegando, entran en la habitación donde se halla el cadáver, que suele ser la misma en que muere y rezan un *padrenuestro* y rocían a aquél con agua bendita que para este fin suele haber en la habitación. Después salen a otra u otras habitaciones y rezan rosarios. Algunas familias tienen costumbre de obsequiar con pan y vino a los que acuden a velar.

Conducción del cadáver a la iglesia, etc.

Un anciano de Meñaka me aseguró haber oido a sus padres que al sacar de casa a un difunto, había que sacar afuera a todos los animales domésticos que hubiese en la misma casa, y después volverlos a entrar cuando hubiese desaparecido el cortejo fúnebre.

* * *

Dícese que a la muerte de un molinero, los cuatro hombres destinados para conducirlo al cementerio no lo pudieron conseguir con todos sus esfuerzos. Entonces el cura que asistía a la conducción mandó que llamaran a cuatro molineros. Estos lo llevaban sin tropiezos ni dificultades; pero al llegar a una cuesta, desaparecieron con su féretro.

Antes existían en Meñaka caminos destinados para la conducción de difuntos. Llamábanlos *kurtzeko-bidea* (=camino de la cruz). Si el cortejo fúnebre, saliendo de tales caminos, pasaba por terreno privado, el dueño de éste perdía todo derecho sobre aquella faja de su propiedad que hubiese atravesado el cadáver y que por lo mismo quedaba transformado en camino público.

La observancia de caminos fijos para la conducción de los cadáveres no existe ya desde hace varios años, sobre todo desde que existe en el pueblo una carretera.

Antes, según dicen los ancianos, el acompañamiento fúnebre se paraba en todas las encrucijadas que hubiese en el camino y rezaba

un *paternoster*. Hoy sólo se para en aquellos sitios en que sale al encuentro alguna persona que encarga al cura rece en el acto un responso.

En algunos pueblos, en Morga, por ejempo, subsiste todavía la costumbre de rezar en todas las encrucijadas, y así tarda muchísimo el cortejo en llegar a la iglesia.

Acompañamiento fúnebre.—Delante de todos va una mujer de la vecindad que ha de ser casada o soltera, según el estado del difunto. Si éste es recién bautizado, suele ser su madrina. Recibe el nombre de *aurre-ogije* (=pan de delante). Lleva debajo del sobaco una cestita cubiertacon un mantelito. Dentro de la cestita llevaban antes un panecillo; hoy, un responso (una moneda de diez céntimos).

Detrás de *aurre-ogije* va el sacristán con una cruz; sigue el cura, después el féretro, a continuación los hombres, empezando por los parientes más próximos del difunto, y finalmente, las mujeres, también en orden de su parentesco con el difunto.

Los hombres que forman parte del acompañamiento fúnebre, visten traje negro ordinario de fiesta. Las mujeres, sobre todo las parientas y vecinas del difunto, van cubiertas con un mantón negro que por detrás les llega hasta los talones.

Antes era costumbre quemar el jergón *(lastamarragia)* de la cama donde hubiese ocurrido la muerte. Lo hacían en una encrucijada, para que las personas que por allí pasaran, rezaran un *paternoster*, al ver las cenizas y otras señales que dejaba el fuego. Esta costumbre se ha perdido desde que los jergones de muelle van sustituyendo a los de paja.

Funerales

Los hay de tres clases: de primera, de segunda y de tercera.

En los funerales de primera clase se cantan tres nocturnos y se celebran tres misas diaconadas. Algunos mandan celebrar dos misas rezadas al mismo tiempo que la última misa diaconada.

En los de segunda se cantan dos nocturnos y se celebran dos misas diaconadas.

En los de tercera hay sólo un nocturno y una misa rezada.

Ofrendas

Ya he mencionado antes el pan y los responsos del día del entierro. Me queda por decir que el Día de difuntos cada familia lleva a la iglesia panecillos (como media docena) llamados *olatak*, que antes los hacían en casa: hoy los compran en las panaderías.

Al cura de Sopelana atribuyen este dicho: *andrak, es eiñ olata andije; baya bai sabala ta lodije* (=mujeres, no hagáis oblada grande; pero sí ancha y gruesa).

Apariciones

Los muertos aparecen, en general, de noche, antes que cante el gallo. El canto del gallo, que desde el atardecer hasta la media noche es señal de alguna muerte o de alguna novedad extraordinaria, no lo es después de las doce de la noche; antes suele decirse que entonces ahuyenta con su canto los malos espíritus y obliga a retirarse a sus respectivos sitios a las almas de los difuntos. No todos los gallos tienen igual virtud. El llamado *martiolaŕa* (=gallo de marzo), esto es, el gallo nacido en marzo de huevo puesto también en marzo, es el más poderoso. Cuentan a este propósito que un hombre del barrio *Atxuri* de Mungia tenía en su casa un *martiolaŕa*. El gallo adquirió la costumbre de cantar siempre que el amo volviera tarde a su casa. Como esto ocurría con frecuencia, el hombre estaba disgustado, pues los vecinos se enteraban de sus retiradas a altas horas de la noche y temía murmurasen de su conducta. Por lo cual resolvió torcer el pescuezo al gallo, y así lo hizo.

Una noche volvía tarde, como siempre, y fué arrebatado por los malos espíritus que andaban sueltos por el mundo desde que enmudeció el gallo. Más no se supo nada de aquel hombre.

Procesión nocturna.—Un hombre del caserío *Landa*, que está no lejos de la iglesia y del cementerio de Laŕauri, oyó una noche repique de campanas. Salió a la ventana y vió una procesión que desfilaba delante. Un individuo que repartía velas a los de la procesión, dió una al casero. Cuando hubo amanecido, vió éste que la supuesta vela era

un hueso humano. La noche siguiente le llamaron a la ventana y le obligaron a devolver la vela.

El santo de Biskargi.—En el monte *Biskargi* existe una ermita que llaman de *Santakruz*, donde es venerada la imagen del Crucificado.

En una época en que se fabricaba carbón en aquella montaña, un carbonero dijo entre sí: «ya que, gracias a este santo *(sic)*, he bajado en paz muchos carros de carbón, voy a girarle una visita». Hízolo así, y viendo que el santo estaba solo en aquel monte desierto, le dijo: «ven a mi casa, como invitado, el día tal en que celebramos las fiestas del pueblo». Y el santo inclinó la cabeza en señal de que aceptaba la invitación. Al ver esto, se asustó el carbonero, y fué a buscar un confesor y contarle lo que le había ocurrido. El confesor le dijo: «vete a tal sitio, donde hallarás a un fraile santo: él te dirá lo que has de hacer». El carbonero fué a buscar al fraile. Este le dijo que el día de las fiestas de su pueblo, pusiese sobre la mesa donde iba a servir la comida dos calaveras humanas y un vaso con agua bendita junto a ellas. Así lo hizo. El día señalado se presentó el Santo en su casa, roció las calaveras con el agua bendita y dijo al carbonero: «ya sabes cuando son mis fiestas: asiste a ellas».

El carbonero volvió a consultar con el fraile, el cual le dijo: «vete el día de *Santa Cruz* a visitar al Santo, y si éste, a la despedida, te alarga la mano, no se la toques». Subió el carbonero a *Santakruz*. Aquel día se celebró una misa en la ermita. Durante la misa se miraban mútuamente el Santo y el carbonero, y a la terminación le dijo aquél: «vete en paz en tu camino».

Manuel de Marcaida.

Meñaka, 1923.

EN KORTEZUBI

Agonía

Sus nombres: *aboliña, iltamue*.

En la habitación del moribundo se practica lo que ya se dijo de Orozko (pág. 5). Al mismo tiempo el sacristán de la parroquia toca